

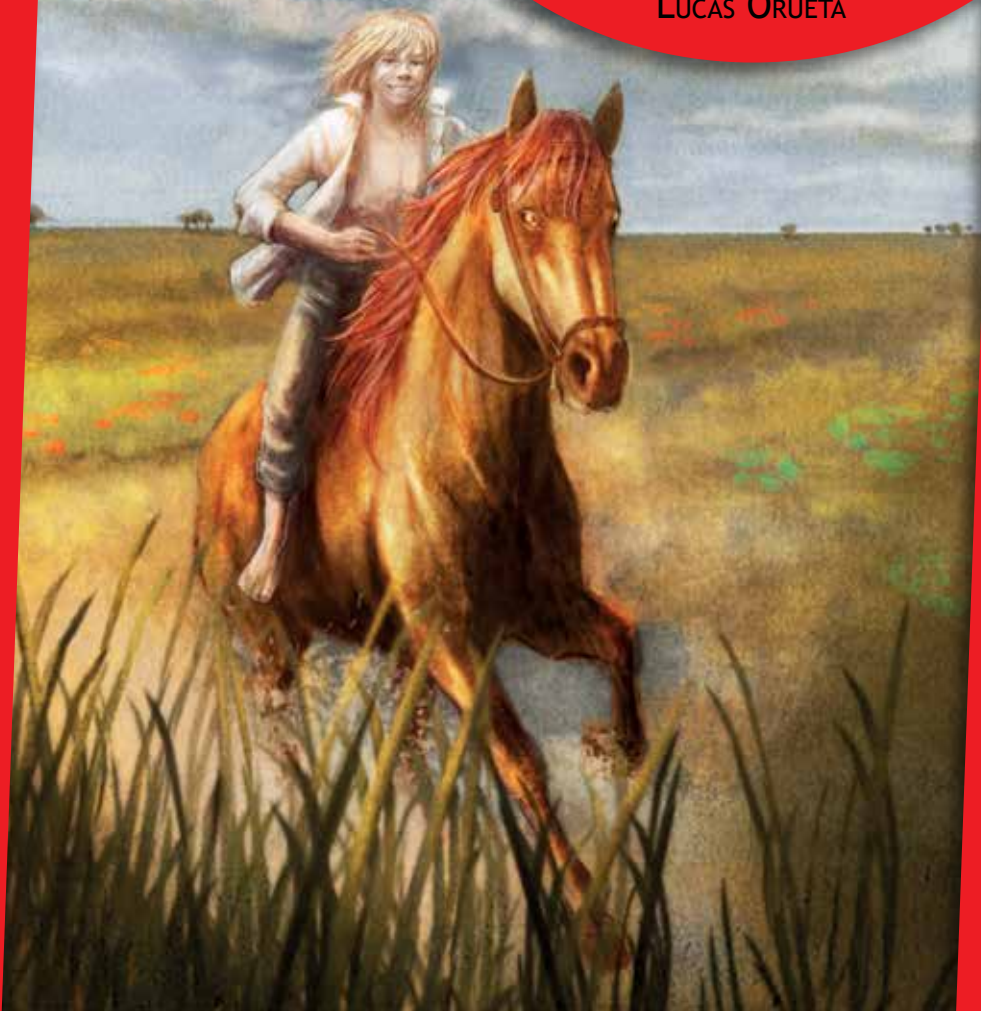


azulejos

RODOLFO OTERO

Milla Loncó

Ilustraciones de
LUCAS ORUETA



Milla Loncó

RODOLFO OTERO

ILUSTRACIÓN DE LUCAS ORUETA

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría
Secciones especiales: Verónica Bondorevsky y Paula Galdeano
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto
Diagramación: Karina Domínguez
Ilustración de tapa: Lucas Orueta

Otero, Rodolfo
Milla Loncó / Rodolfo Otero ; ilustrado por Lucas Orueta. - 1a ed. -
Boulogne : Estrada, 2019.
304 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Serie Roja ; 10)

ISBN 978-950-01-2420-1

1. Narrativa Infantil Argentina. 2. Literatura. I. Orueta, Lucas, ilus. II. Título.
CDD A863.9282



Colección Azulejos - Serie Roja

10

© Editorial Estrada S. A., 2000.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.


Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2420-1

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



EL AUTOR
Y LA OBRA



RODOLFO OTERO nació el 21 de diciembre de 1949 en Buenos Aires, donde sigue viviendo. Sus padres fueron un aviador y una maestra, lo que quizás explique su tendencia a volar (más que nada con la imaginación) y su preocupación por los chicos.

Es el mayor de tres hermanos y cursó la primaria y la secundaria en el Colegio del Salvador, salvo intervalos en Villa Mercedes, en San Luis y en Montevideo. Es abogado, pero dejó la profesión para dedicarse a sus tres pasiones: la literatura, el cine y la docencia. Realizó cursos sobre tecnología educativa y diseño instruccional.

Tiene publicadas las novelas *Milla Loncó* (Premio Robin Hood 1983), *La travesía* (Accésit al Premio Lazarillo 1983), *El verano del potro*, *El secreto del torreón negro*, *Una de dos*, *Un viaje muy espacial*, *El camino de Santa Fe* y *La estrella peregrina*, que fue traducida al italiano. Su cuento “El Color que Faltaba” apareció en el libro *Piolín de barrilete*, de varios autores.

Ganó dos concursos de guiones con las versiones originales de *La travesía* y *El verano del potro*, que fue llevado al cine con las actuaciones de Héctor Alterio y China Zorrilla.

Ha dirigido cortometrajes y videos educativos, y organizó talleres de cine en varias escuelas primarias y colegios secundarios. Fue jurado en festivales internacionales de cine para chicos.

Fue docente de las cátedras de Guion en la Universidad del Cine y de Guion e Historia del cine en la Escuela Profesional de Cinematografía, y condujo un curso-taller de Video en el Colegio Nacional Buenos Aires.



La época

La historia transcurre en el verano de 1876 a 1877. Miguel Cullen, un chico de doce años, se traslada con su familia a Trenque Lauquen, donde su padre ha sido designado médico del regimiento 3 de caballería que estaba a cargo del coronel Villegas (conocido como el “Toro” Villegas).

En el camino, Miguel conoce a tres personas con las que vivirá aventuras increíbles: Martín Sánchez, un huérfano de su edad que vive con el regimiento; Teresa Correa, una joven maestra de dieciocho años que va a la estancia de su tío, en plena pampa; y el cabo Rivas, un gaucho entrerriano.

El origen de esta novela está ligado a algunos de los recuerdos más entrañables de mi infancia. Mis padres habían nacido en Trenque Lauquen y, aunque vivíamos en Buenos Aires, todos los veranos viajábamos a su “patria chica” para visitar a mis abuelos y a unas tías muy queridas (a una de las cuales está dedicado el libro). Era un tiempo de libertad absoluta para mis hermanos y yo, chicos de ciudad que por fin teníamos terreno para correr, jugar y disfrutar al aire libre, incluyendo momentos inolvidables como montar un caballo por primera vez o revolcarse en médanos muy empinados para nuestros cortos años.

Allí descubrí que el pueblo de mis padres tenía una historia épica, que se había hecho a sangre, sable y lanza y que en esos médanos todavía quedaba el testimonio esporádico de una raza que se había negado a dejarse avasallar por la civilización. Las figuras de Villegas y Pincén cobraron una estatura heroica en mi imaginación (que, por otra parte, objetivamente merecen) y ese pasado de gauchos, cautivas y malones empezó a parecerme tan atractivo como ese mundo del oeste norteamericano que poblaba las pantallas de cine y televisión de mi infancia y adolescencia. Tal vez por coincidencia, fue en el cine Monumental de Trenque Lauquen que vi por primera vez la que considero la mejor película del género: *Más corazón que odio*, del maestro John Ford.

Era casi inevitable que un adolescente que soñaba con ser escritor fantaseara con aventuras en ese entorno, y mi sed de curiosidad me llevó a consultar a José F. Mayo, el historiador local de Trenque Lauquen, que me orientó en la búsqueda de bibliografía y testimonios sobre los años de la fundación de la ciudad como un campamento en el desierto, los años de la zanja de Alsina, el

malón grande y la campaña de Roca. Cuanto más datos encontraba, más fascinante me parecía ese mundo a la vez salvaje y épico, y a los escritos de Mayo fui sumando *La guerra al malón*, del comandante Prado; *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla; *La lanza rota*, de Dionisio Schóo Lastra; las crónicas de Alfredo Ebelot, el ingeniero francés que vino a trazar esa zanja imposible; los relatos de Estanislao Zeballos, el perito Moreno y otros viajeros y excautivos que fueron dibujando el perfil de esos pampas, ranqueles y araucanos indómitos; sin olvidarme de *Tradiciones araucanas* de Berta Koessler-Ilg, que los conoció desde adentro, los comprendió y los amó, como Prado, Mansilla y el propio José Hernández amaron a ese criollo que era hermano del indio y al que las circunstancias convirtieron en su enemigo. Por fin, Guillermo Enrique Hudson me aportó su romance con esa naturaleza nuestra que él tan bien asimiló, y Mark Twain el modelo a seguir cuando se quiere ver al mundo desde la óptica de los doce años.

De estas fuentes documentales y del conocimiento directo del pago chico fueron surgiendo las situaciones y los personajes (algunos reales, otros míos) que pueblan la novela. Un borrador escrito con entusiasmo y sin oficio a los quince años fue la base del texto definitivo, reescrito tras algunas experiencias de vida y bastante investigación adicional. En 1983, la novela tuvo la suerte de ganar el concurso Robin Hood, y hoy vuelve en este nuevo formato a buscar al amigo de siempre, a ese lector que como Bastián Baltasar Bux* obre el milagro de crear el libro de nuevo al hacerlo suyo.

Rodolfo Otero

* Protagonista de la novela *La historia interminable*, de Michael Ende.

(A lo largo de toda la novela, el autor ha reproducido en el modo de hablar de algunos personajes, la lengua oral de las zonas rurales. Para no poner obstáculos en la lectura, en esta edición no se han marcado tipográficamente esas formas.

A Celi

Milla Loncó

Rodolfo Otero

El último día de clase de 1876 fue también el día en que cambió la vida de mi familia. Hasta aquel viernes de diciembre, la frontera era para mí algo tan lejano y romántico como la isla de If, el bosque de Sherwood o cualquier otro escenario de los libros de aventuras que mi padre me regalaba cada tanto, y que mis amigos y yo devorábamos durante las tardes de estudio, cuando el prefecto no nos vigilaba. El desierto era un lugar remoto, misterioso; y las noticias de malones y fortines, cuentos para asustar a las pardas en las cocinas. Ni sospechaba que ese verano nos íbamos a encontrar con él.

Ese día recuperaba mi libertad, después de diez meses de gramática, aritmética, latín, historia y otras yerbas intragables en el colegio del Salvador. Un día glorioso.

Cuando los chicos nos desparramamos por la calle, todo era sol. Sol en la cúpula nueva de la iglesia, en los charcos que llenaban las huellas de carretas sobre el barro de Callao.

Sol rumbo a casa por la calle del Parque, en las vidrieras de los negocios, de los bares, del billar de donde siempre el dueño, un vasco descomunal, terminaba por echarnos a empujones. Y sol por fin en las vías del “tranway”¹, donde poníamos ristras de cohetes para que la fricción de las ruedas los hiciera explotar. Había

1 Coche, similar al vagón de ferrocarril, que discurre por vías, y cuyo motor es accionado por medio del fluido eléctrico. Está destinado, en las ciudades, al transporte de viajeros.

Muchas calles de la ciudad de Buenos Aires han modificado su nombre a lo largo de la historia. La calle del Parque se llama actualmente Lavalle. En el libro, también se hace mención a la calle Rauch, a la que hoy se la denomina Enrique Santos Discépolo.

que esperar un momento en el que no pasara mucha gente, luego aguardar escondidos hasta que la corneta del mayoral anunciara la llegada del tranvía, y entonces salir con aire de absoluta inocencia a ver el espectáculo. La explosión, los gritos de susto, el desmayo de alguna damisela (que invariablemente tenía un par de brazos donde caer) y las protestas de indignados caballeros contra “esos muchachos sinvergüenzas”.

Sí, era un día glorioso. El día ideal para intentar un hecho heroico, arriesgado. Por eso, a la hora de la siesta no pude resistir la tentación de desvalijar de duraznos la quinta del vecino. Vivíamos en una casona de la calle Florida, tapial de por medio con un buen señor que cultivaba todas las frutas apetecibles. Nadie vigilaba; despreciar la oportunidad habría sido un pecado. Me descalcé, trepé el tapial, llegué hasta los durazneros sin hacer ruido... Nadie por ningún lado... Pude elegir unos priscos que prometían ser bien jugosos... Corrí hasta la parte más baja, arrojé la carga del otro lado, trepé de un salto... y me encontré con mamá.

No se había recostado, preocupada por la demora de papá, que imprevistamente no había llegado a almorzar. Consecuencia: unos chirlos en el trasero, y “¡a la cama, jovencito!”.

Ahí quedé, muerto de calor, releyendo por enésima vez *Los tres mosqueteros* a la luz de las rendijas de la persiana, listo para esconder el libro bajo la almohada y hacerme el dormido si mamá llegara a entrar. Cuando Athos estaba por encontrar la flor de lis en el hombro de Milady, una parte que siempre me daba escalofríos, sentí un portazo y la voz de papá.

Era muy raro que llegara a casa a las cuatro de la tarde. A esa hora generalmente andaba haciendo visitas a domicilio. Sus pacientes eran muchos en número y escasos en dinero. Como papá llegaba a comprarles los remedios, vivíamos endeudados hasta el cuello. Mamá hacía milagros para que mi ropa en desuso le quedara bien a Luisito, y la de Ana a Juanita.

Como decía, era tan poco frecuente que papá llegara a esa

hora que salí del cuarto impunemente: mamá se olvidó de la penitencia.

Papá nos llamó a todos: mamá, los cuatro chicos y ña Simona, una vieja negra que había cuidado a mamá desde chica y ahora se encargaba de toda la familia.

Cuando nos tuvo reunidos, nos hizo sentar a su alrededor, diciendo que iba a anunciarnos una noticia importante. Carraspeó un poco, como hacía cuando quería suscitar atención, y agregó:

—Nos vamos a Trenque Lauquen.

Mamá se quedó mirándolo como quien no entiende el idioma.

—¿Adónde? —preguntó al fin.

—¡A Trenque Lauquen! —contestó papá, como si se tratara de un paseo a Palermo—. Es una comandancia en la línea de fortines que el gobierno adelantó en el mes de abril. Ya tengo el nombramiento oficial: médico del Regimiento 3 de Caballería. Estuve con el secretario del ministro y me aseguró que tendremos un alojamiento lo más cómodo posib... es decir, muy cómodo. Solo falta vender la casa. Y por eso no tenés que preocuparte: encontré un comprador que...

—Un momento... —lo interrumpió mamá, que se iba poniendo más y más pálida—. ¿Eso significa que vamos a vivir en un campamento militar, prácticamente en medio del desierto y a unas cuantas leguas de los indios?

—Bueno, no es tan tremendo... Según los informes, el avance de la línea fue un verdadero paseo, y...

—Daniel... —lo cortó mamá— ¿es en plena pampa o no?

—Bueno, sí, pero...

—¡Bieeeeeen! —gritamos los chicos.

—¡Jesús! —se santiguó ña Simona.

—¡Ah, no! —tronó mamá.

—María, se exagera mucho sobre la pampa. Trenque Lauquen está rodeado de campos verdes, es nuestra oportunidad para poner a los chicos en contacto con la naturaleza, como deseabas.

Mamá había sido maestra, y le gustaba mucho la naturaleza, pero dentro de ciertos límites.

—Lo que yo deseaba era una chacra en Belgrano, ¡no una tolde-
ría! ¡Me niego a criar a mis hijos en medio del campo, como si fue-
ran unos salvajes!

—A mí me gustaría ser un salvaje —intervino Luisito.

—¡Usted se calla! —lo fulminó mamá. Y se volvió a papá.

—Además, dicen que es una vida muy peligrosa, que uno está
en continua zozobra temiendo el ataque de los indios, que no hay
agua, que faltan provisiones...

—María, ¡por favor! Esos son chimentos, calumnias de la oposi-
ción. Ahora la situación es diferente. La zanja que proyectó el doc-
tor Alsina es inexpugnable. Además, los indios no se atreverían a
atacar una comandancia. Y, por otra parte, en Trenque Lauquen
se estaciona el cuerpo más aguerrido de la Caballería argentina: el
3 de Fierro de mi amigo Villegas.

De todo lo que dijo, lo único cierto era lo último, pero mamá no
lo sabía. Meneó la cabeza, sin contestar. Le guiñó el ojo a Ana: eso
significaba que empezaba a ceder. Papá siguió atacando:

—María, confía en mí. Hace mucho tiempo que no llegan noti-
cias de levantamientos serios de los indios. Y el nombramiento es
por tres meses. Si no nos gusta, podemos regresar...

Mamá siguió muda.

—Para los chicos puede ser formativo. Un jovencito de la edad
de Miguel merece experiencias vitales en su educación.

—Sí, eso me está haciendo falta —añadió—. El padre Castillo dice
que tratar de educarme es una tarea “ciclópea”, que me convendría
ir bien lejos del Salvador para apaciguarme. El pobre hombre tenía
lágrimas en los ojos cuando lo dijo, supongo que de felicidad...

—Suficiente, Miguel... —dijo papá, y pude ver por su expresión
que estaba metiendo la pata.

Entonces lo dejé hablar. Se pasó un buen rato ponderando las
infinitas virtudes de la pampa húmeda, su clima reconstituyente

capaz de curar cualquier enfermedad, la pureza de su cielo sin nubes, el verdor de sus pastizales, el prospecto de una estancia floreciente, sin dejar en el tintero nuestro deber (el de la familia) de contribuir a la extensión de la obra civilizadora de esa generación de argentinos que creía en el progreso ilimitado. Hasta el oyente más advertido habría jurado que Trenque Lauquen era una nueva versión del paraíso terrenal.

Claro que mamá había vivido en el campo, y conocía perfectamente las tormentas de tierra, las mangas de langostas, la lluvia al raso, las sequías, la sabandija en verano, las víboras y por supuesto los malones. Tampoco fue argumento decisivo el precio que papá consiguió por la casa, tal vez el primer buen negocio que hacía.

La razón, la auténtica razón última de que mamá cediera al fin fue otra. Mamá sabía que muy en el fondo de su espíritu práctico había un rasgo de locura divina, de esa despreocupada afición por la aventura que era la esencia de papá. Ella lo amaba por eso. Por su total olvido de sí mismo, que lo había convertido en un héroe entre los muchos que combatieron la epidemia de fiebre amarilla. Y por su tendencia a soñar en empresas quijotescas y proyectos irrealizables. Y porque no podían vivir el uno sin el otro, y con ese amor nos querían a los cuatro.

Por todo eso, gracias a eso, por culpa de eso, a los doce años el mundo de la aventura dejó de ser una quimera para mí.

A partir de 1880, las presidencias que se sucedieron tuvieron una serie de características comunes: se preocuparon por extender las vías férreas, construyeron puertos y carreteras, fomentaron las industrias, consolidaron las finanzas, promovieron la educación y favorecieron la corriente inmigratoria en aras de un proyecto de país.

ÍNDICE

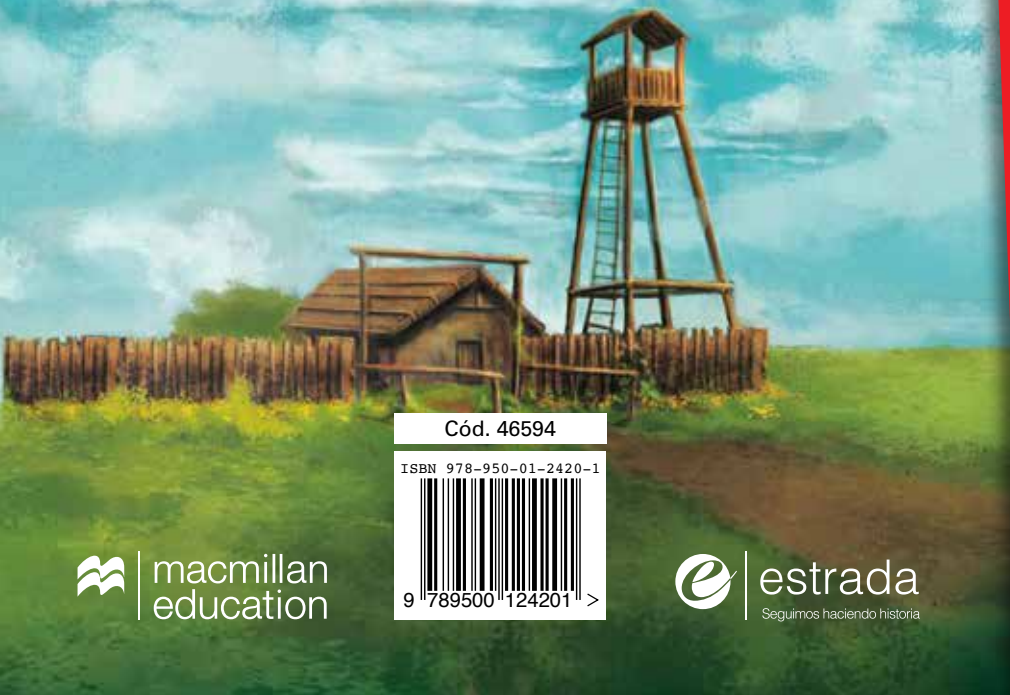
El autor y la obra	3
Biografía	5
La época	6
La obra	9
1	11
2	17
3	27
4	41
5	55
6	67
7	79
8	91
9	109
10	123
11	133
12	143
13	151
14	159
15	167
16	177
17	187

10

Milla Loncó

Rodolfo Otero

Esta novela ganadora del concurso Robin Hood, transcurre en el verano de 1876 a 1877. El protagonista, un chico de 12 años, se traslada con su familia de Buenos Aires a Trenque Lauquen, donde su padre ha sido designado médico del regimiento “3 de caballería”, a cargo del Coronel Villegas. A partir de ese instante, un mundo lleno de aventuras se abre ante él.



Cód. 46594

ISBN 978-950-01-2420-1



9 789500 124201 >



macmillan
education



estrada
Seguimos haciendo historia

18	199
19	207
20	215
21	225
22	235
23	241
24	259
25	269
26	277
27	283
Conclusión	289
Actividades	291
Actividades para comprender la lectura	292
Actividades de producción de escritura	294
Actividades de relación con otras disciplinas	296